

# CRISIS Y RELACIONES DE GÉNERO EN AMÉRICA LATINA

## *Cambios y resistencias*

Teresita De Barbieri\*



La década perdida para el desarrollo latinoamericano ha tenido repercusiones diversas en distintos segmentos poblacionales. Las redefiniciones económicas y políticas de los Estados afectaron a distintos sectores de las sociedades nacionales de manera no homogénea. No cabe duda de que son las clases y grupos más desfavorecidos desde el punto de vista económico, los más golpeados con las políticas neoliberales, la readecuación a la baja del estado de bienestar —con la pérdida de subsidios y la reducción de los servicios públicos en materias de salud, educación, seguridad social, vivienda, infraestructura urbana, etc.—, y las redefiniciones de las relaciones entre Estado, gobierno y sociedad. Sin embargo, es necesario ampliar el análisis a otras dimensiones de la desigualdad social cuando se quiere dar cuenta de los cambios y la profundidad de los mismos.

En este largo proceso de más de una década, las resistencias masculinas fueron desactivadas, ya sea mediante el desempleo, ya por las derrotas sindicales y la pérdida de capacidad de negociación de las organizaciones tradicionales de defensa de los trabajadores y de los sectores populares. La sobrevivencia de importantes grupos de población, principalmente urbana, se vio afectada por la pérdida del ingreso de la que había sido la entrada monetaria principal de los hogares y la vía de acceso a los servicios de bienestar social. Esta situación ha provocado una readecuación interna del ámbito doméstico: ha erosionado la figura masculina de los jefes de hogar y ha traído consecuencias diversas en los distintos segmentos poblacionales de mujeres, menores de edad, jóvenes y ancianos y ancianas. Sectores vulnerables y relativamente protegidos hasta el cambio del modelo economi-

co, que no habían logrado visibilidad social y política, y por lo tanto, no desarrollaron experiencias organizativas ni alcanzaron capacidad de negociación. En los años ochentas, el crecimiento de “los niños de la calle”, el trabajo y la mendicidad infantiles en la mayoría de las ciudades latinoamericanas; el desempleo juvenil y los procesos de deseducación de éstos y aquéllos en países como Perú; la irrupción en la plaza pública de jubilados y jubiladas y ancianos y ancianas en Argentina y México, son algunas de las manifestaciones lacerantes, que mueven a las buenas conciencias, pero que no parecen desvelar a los gobiernos.

Algo distinto ha ocurrido con las mujeres, categoría poblacional particularmente atomizada y desprovista de trayectoria organizativa, en la que social y subjetivamente se confunden lo natural y lo cultural. Diversas voces se alzaron desde mediados de los años ochentas para dar cuenta de los efectos que sobre ellas tenían las políticas económicas y los cambios de las relaciones Estado-sociedad. En 1989, la UNICEF afirmó en *El*

*ajuste invisible*, un libro que ha circulado ampliamente en el sur y en el norte, que la variable de ajuste en la crisis es el tiempo de trabajo de las mujeres adultas. Ellas han actuado como amortiguador, en la esfera doméstica y fuera de ésta, de los embates neoliberales sobre el precio del trabajo humano y en la reestructuración de las relaciones de dominación.

Esto ha ocurrido mediante varias modalidades, a veces excluyentes, pero la mayor parte de las veces articuladas entre sí. Por un lado se ha reorganizado y elevado el tiempo del trabajo doméstico. La imposibilidad de acceder a bienes y servicios en el mercado, el deterioro o eliminación de servicios públicos, la ineficiencia de los servicios de infraestructura urbana obligan a aumentar las cargas y el tiempo del trabajo en los hogares.

A la vez, las mujeres amas de casa y madres de los sectores populares incrementan la búsqueda de recursos en los debilitados servicios públicos que permanecen, en las organizaciones civiles de beneficencia y en los programas estatales dirigidos a los sectores pobres. Mediante esta estrategia, las mujeres se organizan de manera autónoma, para lograr mayor eficiencia como demandantes del Estado y otras instituciones así como para colectivizar responsabilidades. En los programas estatales, la organización es muchas veces requisito para el acceso a los mismos.

Una tercera estrategia consiste en el aumento del trabajo femenino remunerado. Las estadísticas de empleo registran aumentos significativos de la mano de obra femenina en distintos sectores de la economía: en las actividades tradicionalmente ocupadas por las mujeres, como el servicio doméstico; en los sectores que demandaron fuerza de trabajo de las mujeres en el periodo de la anterior modernidad (profesionales de la educación, salud, ocupaciones medias y manuales de los servicios) y en las ocupacio-

\* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

nes de la nueva modernidad: industrias intensivas de mano de obra, servicios financieros, turísticos y otros, así como en el incremento del sector informal: comercio, manufactura y servicios. Hay, por lo tanto, aumento de la oferta de mano de obra femenina, pero también demanda de esta mano de obra por ciertos sectores empresariales; existe generación de empleo por medio de cooperativas de producción y servicios y el recurso siempre a la mano del autoempleo.

Al incentivarse la organización de las mujeres tanto en el lugar de trabajo como en el de residencia, se han producido experiencias inéditas para ellas y para la sociedad. En el ámbito de la sociedad civil, las mujeres han aprendido a hablar, enfrentar a funcionarios estatales y privados, a trabajar colectivamente fuera del espacio del hogar y de las relaciones entre parientes. Este aprendizaje ha dado otra dimensión a sus vidas cotidianas, puesto que, además, para acceder a él han debido enfrentar y sobrepasar sometimientos tradicionales en las relaciones entre los géneros: oposiciones de esposos, hijos, padres, hermanos; conflictos que manipulan la subordinación tales como el hostigamiento y el chantaje sexuales. Han surgido así, dirigentes populares femeninas y algunas han llegado a ejercer el poder político en el nivel local y municipal.

En la emergencia y trayectoria de estos procesos no hay que perder de vista los logros educativos de las mujeres urbanas, efecto de las políticas respectivas emprendidas por los estados latinoamericanos en los años cincuentas y sesentas. Así como tampoco pueden olvidarse los resultados de la caída de la fecundidad y los cambios en las edades en que se tiene a los hijos y espaciamiento entre ellos.

Después de más de una década de movilizaciones para mal sobrevivir, algunas transformaciones parecen estar ocurriendo en las relaciones entre los géneros en varias de las ciudades latinoamericanas. La división social del trabajo entre los sexos da muestras de cambio dentro y fuera de los hogares. Se percibe en varios sectores sociales, y principalmente entre las nuevas generaciones de varones, una mayor participación en el trabajo doméstico, en la crianza y cuidado de los hijos e hijas.

Mucho se discute si se está frente a un proceso de gestación de nuevas formas de adquisición de ciudadanía y de persona, diferente a la tradicional hegemónica por los varones. Puede pensarse entonces, en una mayor heterogeneidad de la población femenina latinoamericana.

Cuán profundas son las resignificaciones individuales y colectivas a que estos procesos están dando lugar, es otro de los problemas abierto a la investigación. Demós